

PQ6005

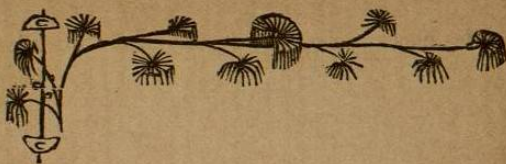
.144

v.3

1887-88



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ




## RAMÓN LULL

(RAIMUNDO LULIO)

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 1.º DE MAYO DEL AÑO 1884  
EN EL INSTITUTO DE LAS BALEARES.

SEÑORES:

 ¡alguno de vosotros ha seguido con benévola atención el curso de mis tareas literarias, laboriosas aunque obscuras, sabrá bien que el único timbre de que me envanezco es el de haber puesto el hombro á la tarea de reconstrucción de nuestro pasado científico, y especialmente haber traído alguna piedrezuela al edificio de la historia de nuestra filosofía. La mayor parte de mis investigaciones y estudios... á ese fin se encaminaron, y, aunque no hayan alcanzado otro efecto, ni tengan más valor han producido, á lo menos, el saludable fruto de excitar la opinión,

010645

antes poco ó nada cuidadosa de estas materias, y ahora más despierta y atenta á la voz de nuestros antiguos pensadores, por tanto tiempo desdeñados de sus olvidadizos nietos.

Varios procedimientos deben emplearse simultáneamente para despertar el gusto, hasta ahora dormido, y avivar en la generación actual (que tanto se precia de dar culto á la razón discursiva y de honrar y estimar su libre ejercicio) el deseo de conocer un poco de cerca tan altas cosas y tan sublimes autores. Ediciones críticas y correctas de los principales textos de nuestros filósofos, exposiciones precisas y completas de su doctrina, estudios sobre su desarrollo histórico, sobre las mutuas relaciones que guardan entre sí, y sobre su influencia en el mundo.... todo esto nos falta, y todo esto es menester para anudar los eslabones de la rota cadena de la ciencia ibérica, y para hacer entrar en su amplio cauce los hilos de agua hasta ahora dispersos. Sólo entonces será hacedero tejer la historia de la filosofía española, entendida tal palabra en su verdadero y recto sentido, que no excluye la variedad local, y afirma al mismo tiempo la unidad de la ciencia. Sólo entonces podremos confirmar ó rectificar las hipótesis que, para alumbrar el camino, han ido formando provisionalmente los primeros que se han internado en la oculta mina. Sólo entonces llegará á ser afirmación indiscutible lo que es hoy presunción y conjetura, robustecida cada día por nuevos datos, es á saber, que hay en el

pensamiento ibérico tales caracteres y aptitudes, tales rasgos de identidad á través de los siglos y de las civilizaciones más distintas, que nos autorizan para concluir que existe un nexo interior y fortísimo entre las lucubraciones de nuestros pensadores, y que es cosa, no ya lícita, sino de rigurosa justicia (sólo retardada hasta ahora por la ignorancia ó la pasión), conceder á nuestra raza un lugar aparte en la historia de la filosofía, si no tan alto como el que ocupan las dos razas privilegiadas en este punto, la griega y la alemana, tan alto, por lo menos, como el que se concede hoy á los italianos y á los franceses. Entonces podremos hablar con entera exactitud de filosofía española. Pero aunque esta unidad del genio nacional en medio de la variedad producida por el desarrollo histórico fuera sólo una síntesis prematura, y los hechos; más menudamente examinados, vinieran á contradecirla, todavía habríamos obtenido, si no la historia de la filosofía española, á lo menos la historia de la filosofía en España, la cual, en el mero hecho de ser historia, tendría ya sus leyes impuestas por el objeto mismo, tendría su construcción interna, su tejido de causas y de efectos, y no podría exponerse á retazos y como farrago de mal hilvanadas monografías, ni sería *juxta-posición* inorgánica, sino cuerpo vivo, por el cual circulara la savia de esa entidad realísima é innegable, aunque lograda por abstracción, que llamamos *genio, índole ó carácter* nacional. Llegados á tal

punto, podría decirse y sostenerse quizá que el modo español de filosofar, ó, digámoslo mejor, el conjunto de disposiciones metafísicas, avivadas por el ejercicio y enriquecidas por la tradición, no difería esencialmente en España de lo que es en las otras gentes latinas, pero todavía bajo esta unidad en lo substancial, cabe infinita variedad y riqueza de pormenores y accidentes, y, si no de colores, á lo menos de matices.

De todo lo cual yo infiero que, siendo materialmente imposible (dadas las leyes de la transmisión y de la herencia, y salvando siempre los derechos del genio y muchísimo más los del libre albedrío) que pensadores de una misma sangre, nacidos en un mismo suelo, sujetos á las mismas influencias físicas y morales, y educados más ó menos directamente los unos por los otros, dejen de parecerse en algo y en mucho, aunque hayan militado ó militen en escuelas diversas y aun enemigas; se puede afirmar *a priori*, y sin recelo de equivocarse, que la historia de la filosofía española, considerada en su integridad, es algo que tiene existencia y vida propia y peculiar, y que debe ser considerado y tratado aparte, por más que esa existencia y esa vida parezcan secundarias dentro del total desarrollo histórico de la ciencia. Y no pretendemos con esto aislamientos infecundos, ni menos levantar murallas contra la invasión de todo lo que no sea ó parezca castizo, que, si ello merece vivir, ello vivirá á pesar de todos nuestros esfuerzos, entrando á formar parte esencialísima

de nuestro caudal científico, como se han venido incorporando en él tantos y tantos otros elementos extraños; árabes y hebreos, italianos, franceses, escoceses y alemanes. Ni menos envuelve la idea de ciencia nacional la ridícula pretensión de creer que los españoles estemos conformados y dispuestos para la filosofía de un modo distinto que el de los demás mortales, de tal suerte que podamos plantear y resolver los grandes problemas ontológicos de una manera diversa de como los plantea y resuelve casi indefectiblemente la inteligencia humana; puesto que es sabido que, si la voluntad es libre, el entendimiento no lo es más que á medias, y que los problemas están contados y las soluciones también, repitiéndose eternamente los mismos círculos. Pero como el grande interés y la grande excelencia de la filosofía no estriba tanto en la solución cuanto en el trabajo de buscarla y en el generoso ejercicio del entendimiento perseguidor de la verdad, os he de confesar que á espíritus críticos y curiosos, aunque no escépticos, como no lo es el mío, aún más que el punto de arranque y el punto de término, nos interesan los amenos vergeles ó las hórridas fragosidades del camino. De aquí la importancia de la *forma* en filosofía. Y no entendemos por *forma* la mera exposición literaria, sino algo más íntimo y profundo, es á saber, la facultad, si no creadora, ordenadora, que encadena en una original disposición las ideas, y forma con ellas una trama que llamamos *sistema*, es decir, un verdadero

poema filosófico. Poco se adelanta con decir que tal ó cuál metafísico es panteísta ó dualista, que es sensualista ó que es escéptico: lo que nos importa es averiguar cómo y por qué lo es, cómo se eslabonaban las ideas en su mente, cuál era el ritmo que las sometía y disciplinaba. Y en este ritmo, y en esta serie lógica y animada de estrofas ideales, está la mayor originalidad, casi la única, que cabe en el pensamiento humano; y es burda y grosera crítica hablar de plagios en filosofía. Las ideas son de todo el mundo ó más bien no son de nadie: son extrañas al filósofo, y moran en un mundo superior, desde donde, *puras, inmóviles, bienaventuradas*, como las vió ó fantaseó Platón, mandan sosegadamente sus rayos sobre la frente del filósofo.

Si entre los sistemas, pues, nacidos en España, los hay que tengan verdadera originalidad, y que hayan influido de una manera eficacísima en las posteriores evoluciones intelectuales, de tal manera que la historia de la ciencia resulte manca ó incompleta sin ellos, podremos decir, no sólo que la filosofía ha florecido y tiene historia en España, sino que poseemos una verdadera ciencia nacional. Yo nada prejuzgo, señores; pero para mí la solución está clara. ¿Habrá algún historiador de las ciencias especulativas que se atreva á borrar de su historia el imperativo categórico de Séneca, la ciencia enciclopédica de San Isidoro, el panteísmo intelectualista de Averroes, el panteísmo emanatista de Avicbrón, la conciliación mosaico-peripatética de

Maimónides, el misticismo quietista de Tofail, el realismo, á un tiempo lógico y ontológico, de vuestro gran Lulio; la teodicea racional de su fiel discípulo Sabunde; las vigorosas concepciones armónicas de Fernando de Córdoba, de León Hebreo, de Fox Morcillo, en quien Platón y Aristóteles y la *idea* y la *forma* se compenetrán; el espíritu crítico, á un tiempo demoleedor y restaurador, de aquel prodigioso valenciano, Luis Vives, personificación la más alta del Renacimiento; la psicología experimental, corona luminosísima de esa escuela en el mismo maestro, y en Gómez Pereira, Huarte y Doña Oliva; el radical escepticismo de Francisco Sánchez; la cristología panteísta de Miguel Servet; la *Metafísica* de Suárez; la *Concordia* excogitada por Molina entre la gracia y el libre arbitrio; y, sobre todo esto, y dominándolo, aquella sublime filosofía popular, la más española de todas, la que llamamos *escuela mística*, tesoro de intuiciones y centelleos de luz difusa y comunicativa, que desde el entendimiento enciende á la voluntad para la acción?

Por todo esto, señores, soy creyente en la filosofía española, y procuro comunicar este entusiasmo mío á cuantos son capaces de sentirle; y por eso, correspondiendo á vuestra cortés invitación, voy á recordaros brevemente, y en forma de exposición popular, lo que deben las ciencias del espíritu al varón más ilustre que ha nacido en vuestras islas, al gloriosísimo mártir de Cristo, iluminado Doctor y maestro univer-

sal de todas las artes y ciencias, al Beato Ramón Lull, á quien piadosamente veneráis en los altares, y cuyo nombre corre en las escuelas con inmensa gloria, latinizado en el de Raimundo Lulio.

Sería impertinente y pueril, hablando en esta isla y ante un auditorio tan ilustrado y tan conocedor de las antigüedades de su tierra, detenerme en pormenores biográficos, que todos vosotros tenéis olvidados de puro sabidos. Si todavía quedan en esa vida tan gloriosa y tan llena, puntos oscuros que no ha podido desenmarañar toda la inteligencia de sus numerosos biógrafos, entre los cuales descuellan los PP. Custurer, Pascual y Solerio, y el diligentísimo Rosselló: si algunos pormenores muy interesantes y muy poéticos no tienen más apoyo que la tradición, tradición, á la verdad, muy antigua, constante y autorizada; si el mismo culto inmemorial que en esta católica provincia se le tributa sufrió desde antiguo contradicción y objeciones, arrojándose algunos á negar hasta su martirio, que es de certidumbre histórica irrefragable....; todas estas y otras cuestiones semejantes sólo en un especial y muy detenido trabajo crítico pudieran dilucidarse, tomando por base y fundamento de todo, lo que el mismo Raimundo dejó escrito de su persona en sus infinitos libros, y la antiquísima biografía anónima que desenterró el P. Custurer de entre los manuscritos del Colegio de la Sapiencia de esta ciudad de Palma. A la luz de estos datos, úni-

cos primitivos é incontrovertibles, y teniendo muy en cuenta los procesos de beatificación, podrán acrisolarse y ponerse en su punto las noticias que acumularon los biógrafos de Raimundo en los siglos XVI y XVII, comenzando por Carlos Bovillio (*Bouvelles*) y el magnífico caballero Nicolao de Pax.

Sólo de esta manera, dando lo cierto por averiguado y lo dudoso por dudoso, y calificando las tradiciones según su mayor ó menor antigüedad y verosimilitud, sin preocupación anterior, ni siquiera la del legítimo entusiasmo que la persona y los escritos de Lull infunden, podrán desatarse las contradicciones cronológicas hasta ahora insolubles, desecharse lo que es manifiestamente imposible, y ponerse en su verdadera luz aquella gigantesca figura, que no perderá ciertamente nada de su grandeza después de pasar por el crisol. Así y todo, la vida de Raimundo queda más poética que la de otro filósofo alguno, puesto que no se pasó en la lobreguez de las aulas, ni en el silencio del claustro ó de apartada estancia, sino que se esparció y derramó por el campo de la acción, como verdadera vida, no de contemplador estéril, sino de misionero y propagandista cristiano, y (digámoslo así) de caballero andante del pensamiento. Y sean cuales fueren las maravillosas circunstancias que acompañaron á su conversión, y sea cualquiera el valor que se dé á las encantadoras historias del caballo y del pecho gangrenado, y aun á la de la aparición del cru-

cifijo, la imaginación conservará siempre sus derechos respecto de un personaje tan extraño y fantástico, y que tanto sale de los vulgares límites de la condición humana, y nunca concebirá sin maravillas semejantes á las citadas, y sin una intervención directa, eficaz y visible de lo alto, el cambio súbito de aquella naturaleza impetuosa, trocándola de *lasciva* y *mundana* que fué en sus principios, como él reconoce y deplora en sus libros (v. gr., en el *Phantasticus* y en el *Desconort*), en naturaleza verdaderamente llena de Dios y ansiosa de abrasar á todo el género humano en las mismas llamas de caridad que á él le encendían. Y ¡qué campo ofrece á la fantasía del historiador, del poeta y del novelista, aquella vida de Raimundo en Miramar y en Randa, tal como él la describe en el *Blanquerna*, trayéndonos á la memoria las venerables imágenes de los antiguos padres del yermo! Y, después de este episodio de índole espiritual y contemplativa, aquella vida, toda de acción y de combate, de fatigas evangélicas, de peregrinaciones y martirios; aquellos viajes á través de Europa y á la costa de Africa, las continuas disputas con infieles, que muchas veces trocaban en piedras los argumentos; el peligro constante, la persecución inminente, el hambre, la sed y la desnudez, las peticiones siempre desoídas á los concilios y á los príncipes y poderosos de la tierra, el áspero aprendizaje de las lenguas orientales, los certámenes de las escuelas, adonde iba á sentarse como discípulo y de donde

salía como maestro; la exaltación continua, los éxtasis y los raptos, las iluminaciones súbitas y los súbitos desfallecimientos, y aquella continua visión de la gloria, que venía á fortalecer las alas del espíritu abatido, y aquel amor sin límites ni medida, ardiente, devorador, insaciable, que le arrastraba tras de las huellas del *Amado*, con viveza mayor que la del relámpago y la del trueno, y mayor que la del viento que hunde las naos en la mar. Poned todo este conjunto de amor, de fe, de teosofía, de ciencia positiva y de ciencia especulativa, en un alma de fin del siglo XIII y principios del XIV, siglo epiléptico en que todas las pasiones buenas y malas llegaron á su mayor grado de furia y de extremosidad, hirviendo toda sangre y toda carne en sed de deleites ó en sed de maceraciones infinitas; lanzad á este hombre en medio de aquel tumulto de encontradas religiones, de sectas heréticas y comunistas, de razas y clases frenéticamente encarnizadas, que, con su batallar continuo, de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo, de señor á señor, enrojecían todos los campos de Europa; iluminadlo todo con el sol de Mallorca ó con el sol de Africa; dad por cátedra á Raimundo, no los bancos de la Sorbona, sino las plazas calcinadas de Túnez ó de Bujía, henchidas de clamorosa multitud de judíos, árabes y renegados, que responden á las exhortaciones del predicador, arrastrándole, mesándole y repeléndole las barbas; y sólo así podréis formaros idea clara de lo que fué ese varón extraordinario, henchido

de Dios, ebrio de Dios, batallador formidable en el nombre de Cristo, predicador lego, enciclopedista santo, sabio sin doctrina de escuelas, soldado franco de la idea, verdadero almogávar del pensamiento, hermano gemelo de los que hicieron repetir á los ecos del monte Tauro el nombre de la vencedora casa de Aragón, y estremecieron los escombros del Parthenon y del Erectheion con los acentos de aquella lengua que Muntaner llama *lo pus bell catalanesch del mon*.

Lengua ciertamente grandiosa y magnífica, puesto que no le bastó servir de instrumento á los más ingenuos y pintorescos cronistas de la Edad-Media, ni dar carne y vestidura al pensamiento espiritualista de aquel gran metafísico del amor que tanto escudriñó en las soledades del alma propia, ni le bastó siquiera dar leyes al mar y convertir á Barcelona en otro Rodas, sino que tuvo otra gloria mayor aún y bien malamente olvidada por sus panegiristas, la de haber sido la primera entre todas las lenguas vulgares que sirvió para la especulación filosófica, heredando en esta parte al latín de las escuelas mucho antes que el italiano, mucho antes que el castellano y muchísimo antes que el francés. Tenemos en España esta doble gloria, que ningún otro de los romances neo-latinos puede disputarnos. En castellano hablaron, por primera vez, las matemáticas y la astronomía, por boca de Alfonso el Sabio. En catalán habló, por primera vez, la filosofía, por boca de Ramón Lull.

Y esta gloria es tanto más insigne, cuanto que

la pasmosa actividad del bienaventurado mártir se extendió á todas las ramas del árbol filosófico, y aun á todos los saberes que tienen relaciones ó adherencias cercanas con la filosofía; y como en sus escritos, innumerables al modo de las arenas de la mar, especuló cual otro Salomón, desde el cedro hasta el hisopo, recorriendo con vuelo de ángel el mundo sensible y el inteligible, por análisis y síntesis, por ascenso y descenso, directamente y en parábolas, con alegorías y sin ellas, en forma de arte y en forma de ciencia, con números y con letras, en prosa y en verso, en diálogos y en novelas...., todo este enorme caudal de intuiciones audaces y de pacientes deducciones, vino á crear un vocabulario inmenso, henchido de neologismos bárbaros y de términos abstractos á la vez que de concreciones palpables y visibles, una lengua lulliana, entendida de tan pocos, y que exige tan laborioso aprendizaje como el tecnicismo de Hegel; lengua que unas veces materializa los conceptos más sutiles y los repliegues más tortuosos de la mente, y les hace tomar bulto y resalto como de cosa plástica, y otras veces evapora, disipa y *quinteseñencia* todo lo material, dejando sólo una especie de éter, que bautiza con un nombre de los que en su lógica expresan generalidad. Retraducido todo esto al latín escolástico, ya por el mismo autor, que le manejaba con torpeza y desmaño, ya por discípulos generalmente poco hábiles, ha valido al Beato Ramón, de parte de críticos ligeros y que

sólo conocían una mínima parte de sus obras, los calificativos de escritor bárbaro, incongruente y pesado, sin reparar que lo que ellos leían había sido pensado, y probablemente escrito de primera intención en catalán y no en latín. Por lo cual, para juzgar del talento de escritor de Ramón Lull, en cuya organización había tanto de artista como de pensador, no debe acudirse al *Arte Magna* ó al *Arte Demonstrativa*, sino á los tratados suyos que todavía poseemos en su forma original, entre los cuales descuellan sus tres novelas didácticas, el *Blanquerna*, el *Félix* y el *Libre de Cavalleria*. Del segundo y del tercero debemos ya esmeradas ediciones á los insignes bibliófilos D. Mariano Aguiló y D. Jerónimo Rosselló, honor de estas islas. El *Blanquerna* no ha tenido igual fortuna, y sólo corre por el mundo, modernizado malamente por un editor valenciano de 1521, que lo llenó de modismos de su provincia.

Uno de los enigmas bibliográficos que más despiertan la curiosidad y el deseo de desembrollarlos en fuerza de su dificultad misma, es el de formar el verdadero catálogo de las obras de Raimundo, rechazando las apócrifas y los títulos dobles, y haciendo el inventario de lo que realmente existe y de lo que se ha perdido. En general, los bibliófilos han reproducido estos catálogos servilmente y sin discutirlos. Los más recientes suelen copiar á Nicolás Antonio, que, á su vez, copió al Dr. Dimas y á Wadingo. Comparadas estas listas con lo que resulta de los libros de Cus-

turer, del infatigable P. Pascual y del editor maguntino Ibo Salzinger, tampoco coinciden. Sólo la publicación tan deseada de la *Biblioteca Luliana*, que por tantos años y con tanto celo viene preparando el Sr. Rosselló, podrá darnos la última luz sobre las cuestiones que surgen casi en cada título de los catálogos conocidos. No han faltado discípulos entusiastas que hagan llegar á tres ó cuatro mil el número de los libros de su maestro. Por breves que los supongamos (y de hecho lo son algunos), tal muchedumbre debe graduarse de fantástica y mitológica. Los catálogos más extensos no dan más de cuatrocientos títulos, y aun de éstos, hay que rechazar muchos por apócrifos (como lo son casi todos los de alquimia); ó por obras de discípulos, que contienen la doctrina, pero no las palabras de Lulio; ó por estar repetida una misma obra con dos y aun con tres ó más títulos distintos. Y si atendemos á que muchos de los mismos tratados indubitables son meras repeticiones sin novedad alguna, la fecundidad de Lulio, aunque extraordinaria siempre, se reduce á términos menos leyendarios y menos imposibles.

Esta multitud de libros no prueba por sí sola mérito ni demérito, pero es ya uno de los rasgos más característicos de la fisonomía de Lulio, tan española en todo, y tan semejante á la de otros hijos predilectos de la raza, v. gr.: el Tostado, Suárez, Lope de Vega. Aquí en España la fuerza se ha manifestado siempre por la abundancia, y, en vez de concentrarse en una obra



maestra, se ha desparramado en infinitas. Todo español, en la ciencia, en el arte, y hasta en la vida política, es improvisador por naturaleza. Lulio improvisaba sistemas, como Lope improvisaba dramas. Y si no, ¿cómo se concibe tan portentosa fecundidad en vida tan extraordinariamente agitada, puesto que Lulio, como el Judío Errante de la leyenda, no dejó de caminar ni un solo momento?

Pesa sobre España la deuda y la responsabilidad de no haber hecho aún una colección de las obras de Raimundo. La única que tenemos, y casi inasequible, es la de Maguncia, del siglo pasado, tan rara ya, que de algunos de sus tomos ha llegado á dudarse, con fundamento, que fuesen impresos nunca. Con decir que en esta edición, que tampoco llegó á su término, faltan todos los libros catalanes y muchos de los latinos, se ve bien hasta qué punto es incompleta.

Sería cosa totalmente imposible en los reducidos límites de esta disertación, que no quiero que adquiriera un carácter bibliográfico, enredarnos en esta enmarañadísima selva de libros. Por otra parte, mi objeto no es juzgar al Beato Ramón como poeta, ni como novelista, ni como gramático, ni como retórico, ni como jurista, ni como controversista católico, ni como físico, ni como matemático, ni como médico, ni como alquimista (si es que lo fué, que yo soy de los que no lo creen, acorde en esto con el parecer de mi amigo Luanco), ni como astrónomo, ni

como propagador de las lenguas orientales, ni como escritor de arte militar y de náutica, ni bajo otros infinitos aspectos, puesto que realmente escribió *de omni scibili*. Cada cosa de éstas daría materia para una disertación y aun para un libro cumplido. Hay aquí un campo inmenso y en gran parte inexplorado. Aun en la parte literaria, que es la mejor conocida por el libro alemán de Helfferich y por la excelente publicación de Rosselló, se descubren cada día relaciones y aspectos nuevos. Hasta hace poco, apenas se había fijado la atención en el *Libre Félix de les Maravelles*, invención alegórico-didáctica entremezclada de apólogos, entre los cuales figura la única redacción española conocida de la inmensa epopeya satírica de los tiempos medios, el *Román de Renart*. Muy reciente aún es el descubrimiento (así podemos decirlo) del *Libre de Cavalleria*, verdadero original del *Libro del caballero et del escudero*, que compuso el infante castellano D. Juan Manuel, imitador también en su *Libro de los estados* de la extraña novela utópica intitulada *Blanquerna*, en que el iluminado doctor desarrolla su ideal de perfección cristiana en los estados de matrimonio, religión, prelación, pontificado y vida eremítica: obra de hechicera ingenuidad y espejo fiel de la sociedad catalana del tiempo.

Pero es preciso resistir al encanto de estos libros, tan primitivos, tan rústicos y candorosos, no menos que á la fascinación y al vértigo que produce la persona misma del autor, tipo

artístico de pies á cabeza, y tal como la más soñadora y novelesca fantasía á duras penas pudiera imaginársele. Es preciso, digo, si hemos de llegar, aunque tarde, á la medula de este discurso, prescindir de todos los accidentes pintorescos, y fijar derechamente nuestras miradas en la doctrina misma, en la filosofía primera, de la cual vienen á ser consecuencias ó exposiciones populares esos mismos libros suyos de índole más literaria. Y sin perdernos en el laberinto de las combinaciones lógicas, ni en las casillas del *Arte*, donde tantos han tropezado, tomando lo externo por fundamental, los *schemas* por las ideas, en una palabra, el signo por la cosa significada, ver y determinar cuán alta y trascendental sabiduría es la que se esconde bajo el velo de esas combinaciones cabalísticas, de esos triángulos y cuadrángulos, y de esos árboles y círculos concéntricos, representaciones gráficas, imaginadas, no por vano alarde de singularidad, sino para que penetrara la doctrina por los ojos de las muchedumbres más indoctas, al mismo tiempo que penetraba por sus oídos, en la monótona cantinela de la *Lógica* metrificada y de la *Aplicació de l' art general*. No se olvide nunca que el primer carácter de la filosofía de Ramón Lull es el de ser una filosofía popular y en alto grado artística, en que todas las especulaciones y ensueños armónicos de la mente toman forma plástica y viva; y en que son elementos esenciales el símbolo y la alegoría, como lo son el mito y la ironía en

la doctrina platónica. Y no es filosofía, tampoco, destinada á morir entre los ociosos gritos de la escuela, sino que aspira á confundir ó á hermanar la contemplación y la vida activa, para lo cual ciertamente no basta el razonamiento silogístico. Lo cual quiere decir que tampoco es una filosofía *desinteresada*, puesto que Lulio no filosofa por filosofar, sino que se propone conseguir por medio de la propaganda de su doctrina otros fines altísimos, pero extraños á la pura especulación. Cuando Lulio modifica la *Lógica*, no es por amor á la *Lógica* en sí, sino por proporcionarse nuevas armas contra los Averroístas. Cuando intenta fundar una teodicea racional y demostrar por pruebas naturales los dogmas de la fe, lo que se propone es, no sólo destruir la antinomia de fe y razón que empezaba á levantar cabeza en las escuelas de su tiempo, sino preparar numerosa cosecha de argumentos para los predicadores, que habían de difundir la luz evangélica entre cristianos, moros y gentiles. Cuando expone sus teorías sobre la guerra, y la eleva á la categoría de ciencia moral y política, considerándola como realización armada de la justicia, es porque piensa en la Cruzada de Tierra Santa. Es decir, que en Lulio el metafísico está subordinado al utopista generoso y bueno, que no soñó Icarías ni Ciudades del Sol, pero que se empeñó en convertir el mundo en un paraíso cristiano. Si Lulio no fuera uno de los grandes filósofos que honran á la humanidad, siempre sería uno de los mayores bienhechores

de ella, y uno de los varones más justos y perfectos que han aparecido sobre la tierra, para honrar la carne que vestimos.

Pero Lulio era, además, un gran filósofo, aunque filosofase por ocasión, y puesta la mira en algo extraño y superior á la ciencia. De ahí que si no pudo levantar Cruzadas para la liberación de Tierra Santa, ni convertir en masa á los judíos ni á los musulmanes, ni siquiera desterrar de las aulas de París el averroísmo, logró, en cambio, otra cosa que de fijo no se proponía, á lo menos como objeto primordial, es á saber: fundar una Lógica nueva, dar nombre á un sistema y bandera á una escuela, y escribir una fecha impeccedera en los anales del pensamiento.

Se dirá que esta lógica luliana no es tal lógica, sino metafísica. Sí, en verdad; y en esto consiste su mayor excelencia, en que trasciende del mundo ideal y pone las plantas en el real. Lo que la lógica luliana tiene de lógica es de Aristóteles, ó, más bien, es de todo el género humano; porque no se han inventado todavía dos modos diversos de discurrir. En esta parte *formal*, en la exposición de las leyes del pensamiento, Lulio no trajo ni pudo traer más novedad sobre el *Organon* aristotélico ó sobre el compendio de Algazel que una novedad curiosísima, pero externa, el artificio combinatorio, y una especie de notación algébrica, destinada á simplificar los procedimientos, y no á enseñar á pensar de un modo mecánico, como rutinariamente se repite. Lo que creó Lulio fué una

álgebra filosófica, una tentativa audaz para aplicar á la Metafísica la teoría del cálculo.

Pero la originalidad de Lulio y el verdadero alcance de su doctrina no consiste en las letras, ni en los schemas, ni en el juego de los predicados. Todo esto no es más que la corteza ó el velamen de un principio tan recóndito y tan luminoso, que él solo bastaría para inmortalizar á su autor, como ha inmortalizado á otros, que antes y después de él le concibieron. Este pensamiento es sencillamente que lo real corresponde á lo ideal, y se fundamenta y explica por lo ideal; que las leyes del mundo objetivo son paralelas á las del mundo subjetivo; que de la idea se induce la realidad, ó, más bien, que la idea es entidad realísima y fecunda; que los términos y las categorías lógicas no son abstracciones huecas, ni menos vana gimnasia ó juego de palabras, sino que en ellas, como en espejo nitidísimo, se transparenta algo real, permanente y eterno, como que son los mismos atributos del Ser y las perfecciones divinas, reflejadas y traducidas en el entendimiento; que del conocer es lícito el tránsito al ser; que todo lo que *debe ser, es; y*, finalmente, que á la antigua lógica *formal* aristotélica debe sustituir la Dialéctica platónica, la Lógica realísima, la Lógica del Ser, una Lógica precursora de la de Hegel, aunque sin el sabor panteístico, ó más bien nihilista, que ésta tiene. La *idea* en Lulio es llama de amor viva, que abraza amorosamente todas las criaturas y las reduce á la unidad. La *idea*

de Hegel, solitaria y próxima á la nada, es un sol que desparrama y quiebra sus rayos sobre un mar de nieve.

Pero no cabe duda que, en la escala de los filósofos realistas, Lulio ocupa el peldaño intermedio entre Platón y Hegel. Nadie ha esforzado con más insistencia que él la virtud prolífica y *plasmante* de la idea, virtud que se comunica al signo mismo, y que da á los números y á las letras cierta especie de poder taumatúrgico y misterioso. La idea no crea el mundo, pero el mundo es manifestación de las eternas Ideas, puras, impasibles, incorruptibles, *beatas y divinas*, como las llamó Platón. Por eso la Lógica luliana, ó, llamémosla por su nombre, el *Arte Magna*, es un tejido de nociones, principios y máximas generales, por las cuales se explica lo particular y lo relativo. El que alcanza lo universal, alcanza la ciencia, y no hay ciencia que no sea de lo universal y de lo absoluto. De lo cual se deduce el segundo gran principio del Arte Luliano, es á saber: que las ciencias no son múltiples, sino que preexiste una ciencia universal, la cual contiene en sí los principios y las semillas de todas las que se llaman ciencias particulares, y una *Arte Magna* y general que da reglas aplicables á todas las artes.

Esta concepción grandiosa de la ciencia *una y trascendente* se impone como consecuencia forzosa de todo realismo armónico, muy especialmente del de Lulio. Fr. Luis de León, en quien algunos han visto, no sin fundamento, marca-

das aficiones lulianas y sintéticas, lo dice con frase elocuentísima en los *Nombres de Cristo*: «Las cosas, demás del ser real que tienen en sí, tienen otro aún más delicado, y que en cierta manera nace de él, consistiendo la perfección en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que de esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias; y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y extendiéndose y como desplegándose delante de los ojos la variedad y la diversidad, venza y reine y ponga su silla la Unidad sobre todo».

La unidad sobre todo: unidad en el conocer, unidad en el ser, todos en mí y yo en todos los otros, y debajo de esta unidad, variedad y diversidad riquísimas é inagotables. Porque la unidad en Lulio no es unidad panteística, tiránica y devoradora como la hidra de la fábula. En Lulio, las diferencias se reducen á unidad, pero no se destruyen, antes se razonan por medio de la Unidad, y en virtud de ella subsisten, y las cosas se mezclan sin confundirse, y la Unidad triunfa y pone su silla, pero no absorbe ni devora á lo vario y á lo múltiple, porque esa Unidad no es la identidad de los contrarios, ni es el cero, ni se traduce con la fórmula ficticia  $A=A$ , ni con la fórmula schellingiana

*todo es uno y lo mismo*, sino con esta otra fórmula, de sentido tan racional y tan comprensivo: TODO ES UNO Y DIFERENTE.

Porque *todo es uno*, es posible la constitución de la ciencia universal que llamamos Ontología ó Metafísica. Porque *todo es diferente*, tienen su razón de ser, debajo de ella, todas las ciencias particulares. Las ramas del *Arbre de sciencia* son infinitas, pero su tronco es uno solo. Infinitos son los mecheros del candelabro, pero uno solo es el foco de su luz.

¿Cómo habían de comprender tales ideas, y cómo no habían de calificarlas de visiones y trampantojos, el empirismo baconiano, el sensualismo del siglo pasado y el positivismo del presente, que, apegados á la rudísima materia, no alcanzan á discernir ese ser que en todas las cosas existe, *más delicado que el ser real*; y eso que ese ser incógnito tiene un género de realidad tan vigorosa, que por un camino ó por otro se impone á sus mismos negadores, los cuales, después de maldecir de la Metafísica, acaban por reconstituirla de nuevo, aunque de un modo burdo, con el nombre de *monismo* ú otro análogo? Es evidente que todo hombre tiene la Metafísica en potencia, y que, dándose cuenta de ello, ó sin dársela, nadie puede discurrir sino en una atmósfera metafísica, porque la razón humana es ávida de lo general, y en ello se complace, persiguiendo siempre la ley á través del fenómeno, el ser á través de las apariencias, lo permanente en el seno de lo transitorio.

Tal es, interpretado á la moderna, el *arte de Lulio*: principios universales y trascendentes, paralelismo entre las leyes del pensar y las del ser, unidad de la ciencia, identificación de la Lógica y de la Metafísica, realismo platónico, unidad ontológica y diversidad cosmológica, y la vida ideal latiendo apresurada debajo de la diáfana superficie de lo real, que sólo tiene valor por el mundo encantado, henchido de pompas y esplendores, que allá en el fondo se trasluce.

De tales ideas, aun profesadas por un filósofo gentil, por un Platon ó por un Plotino, es fácil el tránsito al misticismo. ¿Cómo no había de serlo en una alma tan escandecida de amor y de fe como la de Lulio! Lulio es místico con todas las potencias de su alma, místico á la manera de San Buenaventura y de los primeros discípulos de San Francisco, cuya poesía ardiente, candorosa y llena de sentimiento de la naturaleza, lleva impresa en su alma. Como poeta, Lulio pertenece á la escuela franciscana, es el *Jacopone de Todi español*, y lo es con el mismo desembarazo de dicción, con el mismo abandono popular, con la misma mezcla de trivialidad y de grandeza. Y es poeta, mucho más que en sus versos, en sus libros en prosa, en el *Blanquerina*, en el *Libre d'Amat è d'Amich*, en la enorme enciclopedia ascética *Libre de Contemplació*. Él abre la serie de nuestros grandes místicos, y solo cede la palma á dos ó tres de los mayores del siglo xvi, aventajándole los restantes en aquella cincelada forma artística, flor y fruto

del Renacimiento; pero no en la originalidad, ni en el brío de las concepciones, ni siquiera en la encendida y arrebatadora tempestad de los afectos.

Pero este misticismo suyo, como da por base y supuesto una doctrina metafísica, no anula los derechos del entendimiento, el cual llega antes que la voluntad á la presencia del Amado, aunque corran los dos como en certamen. La luz del Amor ilumina las sendas, largas y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, por donde el Amigo busca á su amado; pero estas sendas el entendimiento es quien las recorre. La naturaleza del amor místico nadie ha definido tan profundamente como Ramón Lull, cuando dice que es *medio entre creencia é inteligencia, entre fe y ciencia*. El solitario mallorquín declara que él es varón de amores, que en el amor nació, y que el amor le crió á sus pechos, y que del amor viene, y en el amor habita. Su ciencia, como de la suya decía el Sócrates platónico, es sólo una *tenue sabiduría de amor*, pero *sabiduría* al cabo, adquisición y ejercicio de la mente, iluminada por la fe y encendida por la caridad. Ese amor, claro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos, conduce á la unión extática en que el Amigo y el Amado se hacen *una* actualidad en esencia, quedando á la vez *distintos y concordantes*. ¡Extraño y divino erotismo, mediante el cual las hermosuras y excelencias del Amado se con-

gregan en el corazón del Amigo, sin que la personalidad de éste se aniquile ni se destruya en una especie de *nirwana* búdico ó quietista, porque sólo los junta y traba en uno la voluntad vigorosa, infinita y eterna del Amado!

Toda esta concepción de unidad y de armonía va envuelta en el manto oriental de una poesía colorista y ardiente, hija legítima del Epitalamio de Salomón; pero no exenta tampoco de reminiscencias de los poetas profanos de la Edad Media, y, especialmente, de los trovadores provenzales. Lulio congrega de todos lados los perfumes más penetrantes, infundidores de dulce languidez y suave deliquio, que hacen desfallecer de amores al Amigo; las flores del vergel, donde los pájaros, cantando al alba, dan al solitario entendimiento de amor; y, juntándolo todo, como en un haz de mirra, todo lo realza y santifica con arrojarlo á las plantas del Amado, y de todo ello sólo queda una nube de incienso, que, levantándose suavemente, cubre y defiende de las miradas profanas el ápice de la mente, el centro del alma, verdadero tálamo de amores, donde Dios y el alma se hacen una misma cosa por transformación participante.

Como camino para esta filosofía mística, funda Lulio una teodicea racional y propedéutica, que es una de las partes más originales, y también uno de los escollos del sistema. Quiere probar por razones naturales los dogmas de la fe; quiere convencer á los gentiles y á los judíos de la verdad de los milagros, y quiere convencer-

los por principios universales, que ellos y todo hombre no pueden menos de admitir. Lulio deja intacto el misterio; no intenta penetrar en los arcanos y retraimientos de Dios con profanos ojos; no pone en tela de juicio lo que es de fe, acepta el dogma; pero quiere probarlo *a posteriori*, en cuanto las fuerzas naturales de la razón alcanzan. Su doctrina es el polo opuesto del tradicionalismo, sistema empírico y degradante, que niega en nosotros lo que Santo Tomás llamó *participación de la luz increada*. Si Lulio intentase construir la religión *a priori*, su empresa, además de insensata, sería herética. Pero Lulio y su discípulo Sabunde no hacen más que extremar el principio de San Anselmo « *fides quaerens intellectum* ». Van mucho más lejos, es cierto, que el autor del *Monologium* y del *Proslogium*; pero, al imaginarse aquella escala de infinitos peldaños, donde sucesivamente se van estampando el pie de la fe y el del entendimiento, no llegan nunca á borrar los límites de fe y ciencia, puesto que la primera sigue sobrenadando como el aceite sobre el agua. Cuando se leen en Lulio, y especialmente en su tratado *Libre dels Articles de la fe Cathòlica*, esas pruebas tan ingeniosas como endebles de la Trinidad y de la Encarnación, basadas especialmente en la profunda teoría del amor y de su *espiración y difusión* infinitas, el entendimiento no se convence; pero toda alma creyente admira al filósofo y se enamora del hombre, exclamando con el poeta: « Yo amo á quien desea lo imposible ». La filosofía de

Lulio es ciertamente menos segura y metódica que la de Santo Tomás; pero, al cabo, es filosofía cristiana, es una de las puertas de diamante que guían á la Jerusalén celeste.

¿Por qué no conservarla y restaurarla, señores? Restaurarla digo, no en el sentido de sumisión servil, que no se debe á la palabra de ningún hombre, por santo y sabio que sea; no en el sentido, tampoco, de vana restauración arqueológica y erudita, porque al fin es una doctrina escolástica del siglo XIII, en la cual todo lo que es externo ha envejecido: el método, la lengua, el tecnicismo, las clasificaciones; y no hay fuerza humana bastante para levantar tales cosas del polvo de su sepulcro, ni pasan en balde los siglos, ni se limitan á transmitirse los unos á los otros la antorcha de la ciencia, como los antiguos corredores en el estadio se iban pasando las lámparas de mano en mano. Los cimientos del edificio de la ciencia permanecen incommovibles, aunque mucha gente quiere minarlos y niega realidad á la ciencia misma; pero ¡cuántos y cuántos cuerpos de edificio no se han añadido desde el siglo XVI acá! La ciencia es progresiva por su índole misma: ya lo presintió nuestro Séneca, el más antiguo de los filósofos ibéricos. « *Multum etiam posteris relictum est.* » Aunque fuera cierto, como dicen los escépticos, que la verdad está en un pozo, nada habría más precioso que la verdad, porque el mismo trabajo de buscarla es ley de progreso y fuente de vida. Pero el progreso sólo es fecundo cuando

se realiza por desarrollo interno y orgánico, no por superposición de elementos extraños. Y si hay una tradición filosófica en España, como á mi entender la hay, sólo será eficaz nuestra educación y el aprendizaje que hagamos de las doctrinas extrañas, cuando hayamos conocido é interpretado con amplio sentido las nuestras. No se trata de volver los ojos á una ciudad que queda á la espalda, con peligro de convertirnos en estatua de sal como la mujer de Lot; sino de conocer con amor de hijos la ciudad espiritual en que nacimos, y compararla con las otras ciudades cuyos muros se levantan enfrente.

Cuando, hace tiempo, intenté fijar las notas características de la filosofía española, advertí en ella dos corrientes casi en igual grado poderosas, pero que nunca han llegado á confundir sus aguas: el *espíritu crítico* y el *espíritu armónico*, el espíritu de Luis Vives y el espíritu de Raimundo Lulio, la tendencia psicológica y experimental y la tendencia ontológica y sintética. ¿En qué remanso llegarán á juntarse? ¿Quién será el gran filósofo de la raza que escribirá de nuevo el *ascenso y descenso del entendimiento*? ¿Quién sabe si derramando en el lulismo el río de la ciencia experimental, y sustituyendo su mala y atrasada física y su psicología deficiente por la física y la psicología de nuestros tiempos, é interpretando la parte metafísica como Lulio la interpretaría si hoy viviese, llegaríamos á la constitución de una especie de hegelianismo cristiano? ¿Quién sabe si la fórmula *ontopsicoló-*

*gica*, la bandera de paz entre Platón y Aristóteles, levantada en el siglo xvi por León Hebreo y Fox Morcillo, será la fórmula definitiva bajo la cual se desarrolle la ciencia española?

Entonces (y dejadme fantasear libremente lo que los venideros quizá verán cumplido), volverán á levantarse las cátedras de vuestra antigua y gloriosa Universidad Luliana, y volverán á resonar las voces de vuestros doctores en este jardín de las Hespérides, bajo este cielo transparente y luminoso como el de las islas griegas, y ante las clásicas y serenas ondas del Mediterráneo, que os traerán voces de enérgica simpatía desde Valencia, cuna de Vives, y desde Cataluña, cuna de Balmes. Entonces rebullirán de júbilo en su olvidada tumba los huesos de la noble dama mallorquina que por primera vez abrió y dotó cátedras para la enseñanza del lulismo. Y como entonces (podemos esperarlo con fiadamente) ya habrá dicho Roma su última y definitiva palabra, poniendo á Ramón Lull en el mismo catálogo en que están San Agustín y Santo Tomás, vendrán los futuros pensadores españoles en peregrinación, á un tiempo devota y científica, á San Francisco, y á Miramar, y á Randa, buscando ansiosos las huellas del maestro en los hórridos peñascos y en las arenas de la costa, interrogando á su venerable estatua yacente y recogiendo hasta el último borrón de sus dispersos escritos.

HE DICHO.